

El episodio de Raquel y Vidas y su problemática en el *Poema de Mio Cid*: judaísmo, humor y engaño

Marcos GARCÍA PÉREZ
garpermarcos@gmail.com
Universidad Autónoma de Madrid

El episodio de los mercaderes Raquel y Vidas, referido a veces como el episodio de las arcas de arena, ha sido objeto de discusiones relativamente largas en los estudios cidianos, enfrentando a grandes críticos del *Poema de Mio Cid* (PMC de aquí en adelante) en diversos aspectos que se pueden recoger en tres grandes epígrafes: judaísmo, humor y engaño, todos ellos en torno a la delicada cuestión del antisemitismo. En este trabajo pretendo recuperar las líneas fundamentales de los principales debates surgidos de la lectura de este episodio, que necesariamente tienen puntos de contacto entre sí. Así, tras un repaso de la bibliografía sobre este tema, podré postular mi propia hipótesis basada en los argumentos de los críticos que me preceden, en el texto que sirve de base y en nuevos argumentos con los que intentaré aportar una solución a estos problemas, así como explicar la coherencia del episodio dentro de la obra en la que se encuentra.

LA CUESTIÓN DEL JUDAÍSMO

El primer problema que se detecta reside en la consideración de Raquel y Vidas como mercaderes de origen judío. Por lo general la crítica así lo ha solido entender. Pero desde que Resnick hiciera notar que en ningún momento el texto se refiere a ellos como judíos¹, algunas voces han discrepado con la consideración general, y quienes defendían el judaísmo de los prestamistas tuvieron que reforzar su posición. Aunque Resnick no plantea de forma directa que esto sea un argumento para considerar que Raquel y Vidas no son de origen hebreo, sí lo entiende así Garcí-Gómez². Pero desde que Dámaso Alonso se refiriera a ellos como judíos sin sombra de duda³ la inmensa mayoría de los críticos le

¹ Seymour Resnick, «The Jew as Portrayed in Early Spanish Literature», *Hispania*, 34/1 (1951), pp. 54-58, p. 54. DOI: <http://dx.doi.org/10.2307/333168>.

² *Cantar de Mio Cid*, Miguel Garcí-Gómez (ed.), Madrid, Cupsa, 1978, p. 182. También en «*Mio Cid*». *Estudios de endocrítica*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 85-112.

³ Dámaso Alonso, *Antología: Crítica*, Madrid, Escelicer, 1956, pp. 164-165.

han seguido. Con la excepción de Garci-Gómez, ya mencionado, y de Martin, quien tampoco consideraba que hubiera sustento suficiente para considerar judíos a los personajes⁴, han ido surgiendo argumentos para defender el origen hebreo de los prestamistas. Así, el propio Resnick ya consideraba, a pesar de su comentario, que no hacía falta especificar esta información porque la figura del prestamista judío está tipificada y el público comprende que son judíos sin necesidad de hacerlo explícito⁵. Smith también proponía lo inexorable de esta condición: «As Menéndez Pidal says, the Cid had to have money and moneylenders were inevitably Jewish»⁶. Pero fue Salvador Miguel quien realmente abordó el problema con detalle y profundidad. Ante la posibilidad de detectar el origen hebreo de los personajes en sus nombres⁷, el crítico advierte:

Los nombres de Rachel y Vidas, en fin, nada nos dicen sobre el presunto judaísmo de los personajes, pues, si el primero es sospecho de irregularidad gráfica, la documentación del segundo, aplicado a personas de las tres castas, es evidente. Pese a ello, en el pasaje aparecen datos suficientes para asegurar tal judaísmo, gratuitamente deducido por muchos críticos y negado por alguno; esos testimonios proceden de la localización del episodio y de las actividades a que la pareja de consocios se dedica⁸.

De este modo, según Salvador Miguel, el público debía interpretar a los personajes como judíos⁹ –al igual que proponía Resnick–, opinión apoyada en multitud de razones históricas¹⁰ que indican que difícilmente se podría confundir el origen de alguien que practica el préstamo y que vive en el «castiello» de Burgos (v. 98)¹¹. Tras los pasos de Salvador Miguel, y apoyándose también en la información histórica que aportaron

⁴ Georges Martin, «Las arcas de arena. ¿El motivo folklórico como ocultación/enunciación del mensaje épico?», en José Luis Alonso Hernández (ed.), *Literatura y Folklore: Problemas de intertextualidad*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983, pp. 177-188, p. 182, n. 17.

⁵ Seymour Resnick, «“Raquel e Vidas” and the Cid», *Hispania*, 39/3 (1956), pp. 300-304, p. 302. DOI: <http://dx.doi.org/10.2307/336008>.

⁶ Colin Smith, «Did the Cid repay the Jews?», *Romania*, 86 (1965), pp. 520-538, p. 523. DOI: <http://dx.doi.org/10.3406/roma.1965.3012>.

⁷ Algo que ya había subrayado Leo Spitzer, «Sobre el carácter histórico del “Cantar de Mio Cid”», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2/2 (1948), pp. 105-117, p. 109, n. 4. DOI: <http://dx.doi.org/10.24201/nrfh.v2i2.107>.

⁸ Nicasio Salvador Miguel, «Reflexiones sobre el episodio de Rachel y Vidas en el *Cantar de Mio Cid*», *Revista de Filología Española*, 59/1 (1977), pp. 183-224, p. 193. DOI: <http://dx.doi.org/10.3989/rfe.1977.v59.i1/4.692>.

⁹ *Ibid.*, pp. 204-207.

¹⁰ Reforzadas y aumentadas en «Unas glosas más al episodio de Rachel e Vidas en el *Cantar de Mio Cid*», en Emilio Alarcos Llorach (ed.), *Serta Philologica F. Lázaro Carreter. Volumen II*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 493-498.

¹¹ Todas las citas al *PMC* las realizo por la edición de Ian Michael, *Poema de Mio Cid*, Madrid, Castalia, 2001. Me limito a indicar el verso correspondiente entre paréntesis.

Cantera Burgos¹², García de Cortázar¹³ y Lacarra¹⁴, Alberto Montaner se suma a los que consideran que Raquel y Vidas son indefectiblemente judíos¹⁵. Más recientemente Boix Jovaní, sin posicionarse de forma absoluta en ningún bando, admite que la presentación de estos personajes como figuras negativas es necesaria para que el episodio funcione¹⁶: los prestamistas incumplen la orden del rey de no prestar ayuda al Cid, el público siente compasión por el Cid (debido a la necesidad en que se ve inmerso) y se evita que el héroe engañe a personas honradas.

Por mi parte, creo que en un ambiente cristiano-castellano como el que se presenta en el *PMC*, poco se puede hacer para intentar negar que unos prestamistas (oficio típico de los judíos, castigado expresamente por el cristianismo) no sean judíos. De hecho, bajo esta perspectiva, me parece bastante más plausible que hubiera prestamistas cristianos¹⁷ (o de cualquier otro grupo ajeno a los judíos) en la Castilla del siglo XI que no en la Castilla que presenta el *PMC* (también del siglo XI, pero literario, no histórico), donde todos los elementos están perfectamente trabados y medidos. En definitiva, por mucho que no se mencione este rasgo en los comerciantes creo que pretender lo contrario sería forzar en cierta medida el texto o el contexto histórico que describe. En Burgos los ciudadanos se guardan en sus casas aterrados de las represalias del rey, y en ningún momento se atreven a ayudar al Cid si no es por una de dos razones: son personajes que *deben* incumplir la orden real para que el relato del Cid avance, como es el caso de Martín Antolínez; o son personajes que ya estaban predisuestos a incumplir las normas del ambiente castellano-cristiano, como es el caso de los judíos. Las tres castas están aquí representadas de un modo tan hierático que, como digo, habría que forzar el texto para no ver en los moros al enemigo (o al dominado, como Abengalbón), en los cristianos al fiel (o al noble pecador y soberbio, como los Beni-Gómez) y en los judíos al usurero que se mueve entre las sombras¹⁸.

¹² Francisco Cantera Burgos, *Alvar García de Santa María y su familia de conversos: historia de la Judería de Burgos y de sus conversos más egregios*, Madrid, Instituto Arias Montano, 1952, p. 63.

¹³ José Ángel García de Cortázar, *La época medieval*, Madrid, Alianza, 1973, p. 272.

¹⁴ María Eugenia Lacarra, *El Poema de Mio Cid: realidad histórica e ideología*, Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1980, p. 189.

¹⁵ *Poema de Mio Cid*, Alberto Montaner (ed.), Barcelona, Crítica, 1993, pp. 406-408.

¹⁶ Alfonso Boix Jovaní, «El Cid pagó a los judíos», *La Corónica*, 35/1 (2006), pp. 67-82, pp. 69-70. DOI: <http://dx.doi.org/10.1353/cor.2006.0010>.

¹⁷ De hecho cfr. Miguel Garci-Gómez, *El Burgos de Mio Cid: Temas socio-económicos y escolásticos, con revisión del antisemitismo*, Burgos, Diputación Provincial, 1982, p. 115.

¹⁸ Hay otro debate que he preferido relegar a una nota porque no tiene demasiada importancia en comparación con los otros. Me refiero a la polémica que levanta la extrañeza del nombre de Raquel aplicado a un hombre. Cantera Burgos pensó que sería extraña una intervención femenina entre judíos del siglo XI y también sería extraño que la mujer se nombrase primero («Raquel e Vidas», *Boletín de la Institución Fernán González*, 34/132 [1955], pp. 631-633, p. 632); pero tras revisar la documentación medieval se retractó de lo dicho y defendió que

Tras haber aportado mi visión sobre el tema no puedo pasar al siguiente punto sin ofrecer una breve reflexión sobre el origen del problema. En la dicotomía presentada en las páginas precedentes parece haber un consenso bastante generalizado sobre el origen judío de los personajes. Pero a todo esto podría añadirse una consideración última: los personajes no tienen ningún origen porque son eso, personajes. Los análisis que apoyan sus ideas en una gran cantidad de documentación histórica, que son la inmensa mayoría, están pretendiendo que las conclusiones tienen que ver con los receptores de la época en la que se transmitió el texto. Pero en cuanto que esta idea presenta gran cantidad de problemas relacionados, en cierto modo, con la filosofía de la Historia, prefiero realizar un análisis interno de la obra. Por ello, los datos históricos sobre los que me apoyo son de carácter general, como la prohibición del préstamo por parte de las instituciones cristianas y la práctica del mismo por parte de los hebreos. En definitiva, no creo que el hecho de que Raquel y Vidas sean judíos se deba a que vivan en un sitio determinado o a que en el Burgos del siglo XI hubiera una judería, sino más bien a que en una obra como el *PMC* todo funciona de manera canónica, típica o tópica –los malos son malos, los buenos son buenos– a menos que se indique lo contrario. Todo ello, por supuesto, en función de lo que necesite el relato para avanzar hacia su última consecuencia: mostrar la figura del Cid triunfando en el plano de la honra.

LA CUESTIÓN DEL HUMOR

Otra línea de debate se abre en torno a la cuestión del humor de la escena. Más concretamente hay dos grandes puntos que tratar: si hay o no humor, y, en caso de haberlo, cuál es su origen. Para Andrés Bello «esta

Raquel sí era una mujer («Breves palabras más sobre Raquel e Vidas», *Boletín de la Institución Fernán González*, 35/134 [1956], pp. 26-27, p. 27, y «Raquel e Vidas», *Sefarad*, 18/1 [1958], pp. 99-108, pp. 105-106). Joaquín de Entrambasaguas («El matrimonio judío de Burgos», en *Estudios y ensayos de investigación y crítica: De la leyenda de Rosamunda a Jovellanos*, Madrid, CSIC, 1973, pp. 69-87, pp. 73-78) y Louis Chalon (*L'histoire et l'épopée Castillane du Moyen Âge*, Paris, Honoré Champion, 1976, p. 50) también entendieron que Raquel es una mujer basándose en el hecho de que pida «una piel vermeia» (v. 178), lo cual suponen típico de mujeres. Montaner (*op. cit.*, pp. 406-408) rechazó esta opinión basándose en el tratamiento de «don» (vv. 159 y 189; también Elvira es referida con este tratamiento [v. gr., vv. 2075, 2097 y 2163], pero es por una cuestión de fonética que no es aplicable en el caso de Raquel, *vid.* Nicasio Salvador Miguel, «Reflexiones...», art. cit., p. 192). Michael (*Poema de Mio Cid*, ed. cit., p. 86) hizo notar que el mismo Cid lleva una «piel vermeia» en el verso 3092. Raymond E. Barbera («The “Pharmakos” in the “Poema de Mio Cid”», *Hispania*, 50/2 [1967], pp. 236-241, p. 240, n. 4. DOI: <http://dx.doi.org/10.2307/337572>) añadió que el adjetivo «esforçados» difícilmente se puede aplicar a mujeres. Irene Gisela Roitman («El episodio de Raquel y Vidas, polifónico y al mismo tiempo velado», *Revista de Literatura Medieval*, 23 [2011], pp. 237-259, p. 239) se equivoca al afirmar que la crítica ha entendido de manera general que eran una pareja de judíos heterosexuales y que esta idea fue comenzada y difundida por Menéndez Pidal (no da ninguna referencia). En general parece que los argumentos a favor de que Raquel es un hombre pesan demasiado como para considerar lo contrario.

historieta de las arcas de arena fué inventada sin duda para ridiculizar a los judíos, clase entonces mui rica, poderosa i odiada»¹⁹. Pero ya Alonso rechazó esta idea, proponiendo que el humor proviene del hecho de que sean mercaderes avariciosos, y no necesariamente de que sean judíos²⁰. López Estrada sostenía una idea parecida, pues para él el humor se encuentra en la estratagema: hay que ser más astuto que los que suelen serlo en temas económicos²¹. Salvador Miguel volvía sobre la visión de los espectadores de la época:

Desde luego, el episodio suscita la risa de los oyentes (o lectores); especialmente, porque éstos conocen, desde el comienzo de la narración, la treta que se está llevando a cabo, de modo que se encuentran en la situación del espectador privilegiado que contempla cómo se desarrolla, mediante el conocido recurso del engaño a los ojos, la operación mercantil²².

Idea parecida a la que defendía Oleza, para quien en el episodio hay humor e ironía por parte del Cid y de Martín Antolínez, aun a pesar de la necesidad que están pasando y que les obliga a la treta²³. Para Graib, conectando con un punto que trataré más adelante, si el Cid paga a los judíos habría una incoherencia en el relato, ya que se estaría rompiendo el efecto cómico mantenido hasta entonces²⁴.

No obstante, ya Menéndez Pelayo advertía que el héroe se ve sometido «a la dura ley de la necesidad prosaica»²⁵, lo cual aporta al episodio un ambiente de solemnidad que se opone en cierta medida a la posibilidad de ver humor en él²⁶. Pero por la relación directa que el humor tiene con la condición de judíos de los personajes, dejo aquí simplemente planteada la siguiente reflexión: si Martín Antolínez se ríe de los judíos no hay ningún problema pues ya ha mostrado su carácter astuto; si el autor de la obra se ríe de los judíos no hay ningún problema, pero ello corresponde más a la historiografía —el tratamiento de los judíos en la

¹⁹ *Poema del Cid*, Santiago de Chile, Pedro G. Ramírez, 1881, pp. 210-211.

²⁰ Dámaso Alonso, *Antología*, op. cit., p. 165.

²¹ Francisco López Estrada, *Panorama crítico sobre el Poema del Cid*, Madrid, Castalia, 1982, pp. 232-233.

²² Nicasio Salvador Miguel, «Reflexiones...», art. cit., p. 208.

²³ Juan Oleza, «Análisis estructural del humorismo en el Poema del Cid», *Ligarzas*, 4 (1972), pp. 193-234, pp. 222-228.

²⁴ Juan Graib, «Función narrativa del episodio de Raquel e Vidas del *Poema de Mio Cid*», *Incipit*, 19 (1999), pp. 161-185, pp. 184-185.

²⁵ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía castellana en la Edad Media. Tomo I*, Madrid, Victoriano Suárez, 1911, p. 129.

²⁶ Aunque el propio Menéndez Pelayo consideraba que al público de la época debió parecerle «treta chistosísima» (*Antología de poetas líricos castellanos. Tomo XI*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1922, p. 300, n. 1). Pidal dice que Menéndez Pelayo habla de antisemitismo (Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. 272, n. 3), aunque el polígrafo santanderino solo menciona aquí la cuestión del humor.

Edad Media— que a un análisis literario; si el Cid se ríe de los judíos, entonces surgen los problemas. Si bien es cierto que el Cid puede hacer humor sin que ello cause mayores inconvenientes —con moros, como Búcar, o con cristianos, como el Conde de Barcelona—, el humor no es gratuito. Y el Cid, que siempre lucha por la Castilla cristiana, solo puede mostrarse violento con los enemigos directos del espíritu de la Reconquista y de su propio honor, no con aquellos que le ayudan. Por ello, la cuestión del humor está fuertemente ligada a la del antisemitismo, es decir, a la consideración de si es cabal que dentro del tono general de la obra quepa un episodio antisemita sin ningún tipo de reparo.

LA CUESTIÓN DEL ANTISEMITISMO

Desde que Bello²⁷ y Bertoni²⁸ considerasen que el episodio era antisemita ha existido un importante debate en torno a este pasaje. Menéndez Pidal comenzó muy pronto a defender al Cid. Primero, de manera moderada, simplemente advirtió que el antisemitismo no es necesario²⁹. Pero Smith volvió sobre el tema con cierto aire de supuesta obviedad que ha solido dominar, muy peligrosamente, los comentarios que conforman esta disputa: «... I do not see how the episode can fail to be antisemitic, in a jovial but still caustic way»³⁰. Bandera Gómez pensaba en la misma línea, con una ligera variante en cuanto a la intención del autor: «Tal vez nuestro juglar no fuera personalmente antisemita, pero es indudable que el episodio de Raquel y Vidas es una muestra del antisemitismo de la época»³¹. Salvador Miguel comentó el pasaje con su habitual exhaustividad:

... dirigido a un público en el que, desde hace tiempo, anida un agudo antisemitismo cimentado, precisamente, en las mismas actividades de los judíos a que aquí se refiere el poeta. No se trata, por tanto, de una comicidad gratuita derivada, de modo indiferente, de la presentación del burlador burlado sino que la risa se fundamenta en el hecho de ser judíos los receptores del engaño³².

Pero admite que el humor no tiene su origen en un conflicto religioso sino más bien socioeconómico: «... por supuesto, nada hay más lejos de nuestra mente que el pensar que la sátira antijudaica se deba, en este pasaje, a una consideración de Rachel y Vidas como enemigos de la

²⁷ Andrés Bello, *Poema de Mio Cid*, ed. cit., pp. 210-211.

²⁸ *Il Cantare del Cid*, Giulio Bertoni (ed.), Bari, Guis. Laterza & Figli, 1912, p. 149.

²⁹ *Poema de Mio Cid*, Ramón Menéndez Pidal (ed.), Madrid, La lectura, 1913, pp. 35-36.

³⁰ Colin Smith, «Did the Cid...?», art. cit., p. 523.

³¹ Cesáreo Bandera Gómez, *El «Poema de Mio Cid»: poesía, historia y mito*, Madrid, Gredos, 1969, p. 127.

³² Nicasio Salvador Miguel, «Reflexiones...», art. cit., p. 208.

religión cristiana»³³. Por su parte, Lacarra abordó el conflicto entre visión contemporánea y visión histórica, si se me permiten estos marbetes un tanto ambiguos:

... creo que no ven rasgos antijudaicos en el *PMC* aquellos que, influidos por la idealización y mitificación de la figura del Cid, rechazan de plano la posibilidad de que el Cid [...] haya actuado con prejuicios de casta. Los prejuicios del autor no nos dicen nada de la conducta histórica de los personajes de su obra³⁴.

En contra de todo ello, y a favor de Menéndez Pidal, López Estrada no consideraba «justo» ver en el pasaje un antisemitismo decisivo³⁵. Graib, a pesar de considerar, como se vio más arriba, que el episodio es humorístico, no cree que haya antisemitismo³⁶. Y Boix Jovaní representa el último punto en esta línea que poco a poco se ha ido posicionando de parte de Menéndez Pidal: «... la burla antisemita estaría totalmente fuera de lugar, pues sería contradictoria con el patetismo del sufrimiento del Cid...»³⁷. Recuérdese aquí la relación entre el humor y el antisemitismo, anunciada más arriba. Si el episodio no puede ser antisemita porque desentona con el patetismo, tampoco parece que el humor sea pertinente. La única forma de defender la existencia de humor es, como se verá en el apartado siguiente, cargando el peso del problema sobre un personaje pensado expresamente para ello: Martín Antolínez.

LA CUESTIÓN DEL ENGAÑO

Y en este punto se alcanza el mayor de los problemas, que de una u otra forma se relaciona con los demás: ¿engaña el Cid a los judíos? Claro está que me refiero a la devolución del dinero y no al hecho de mentirles en primer lugar, lo cual queda expreso en el texto. Bello ya notó que «los cronistas tuvieron mas cuidado de volver por el buen nombre de Rodrigo. [...] por los versos 1455 i siguientes, se ve que los judíos tuvieron que reconvenir al Cid para que les pagase, i aun no se sabe qué efecto tuvo la reconvención»³⁸. Menéndez Pidal, de nuevo defendiendo al Cid, consideraba que el pago de la deuda fue un olvido del juglar,

³³ *Ibid.*, p. 209. Más adelante añade: «... realmente, la artimaña no se considera reprobable por ser judíos sus víctimas; las disculpas del Cid son secundarias», *ibid.*, p. 214, n. 3.

³⁴ María Eugenia Lacarra, *El Poema de Mio Cid*, *op. cit.*, p. 191. Admito la dificultad que me supone comprender esta última aseveración, o al menos la pertinencia de la misma como colofón de lo dicho hasta ese punto. Si con «la conducta histórica de los personajes de su obra» se refiere a los personajes históricos sobre los que se crean los ficticios parece que cobra algo de sentido, aunque en ese caso creo que no tendría demasiada relevancia para este trabajo.

³⁵ Francisco López Estrada, *Panorama crítico*, *op. cit.*, p. 168.

³⁶ Juan Graib, «Función narrativa», *art. cit.*, pp. 184-185.

³⁷ Alfonso Boix Jovaní, «El Cid pagó», *art. cit.*, p. 68.

³⁸ Andrés Bello, *Poema de Mio Cid*, *ed. cit.* p. 211.

como tantos otros³⁹. En este caso es Spitzer quien representa la oposición a Pidal: «... cuando la “casa comercial judía Don Raquel y Vidas” reclama su préstamo a Alvar Fáñez en su parada en Burgos, él contesta: “Yo lo veré con el Cid, si Dios me lleva allá”, lo que no es precisamente una promesa de pago»⁴⁰. Además de la consideración sobre la promesa de Alvar Fáñez, Spitzer también aclaró que «la moralidad medieval no es la nuestra» y que los que hoy vemos como errores morales son perfectamente justificables en el contexto en el que se presentan⁴¹. Menéndez Pidal, contestando a esto, volvía a insistir en el carácter idealizado del Cid: el héroe «no puede obrar movido por un vulgar antisemitismo»⁴²; Minaya les promete el pago, y eso, en contra de la consideración de Spitzer, basta para entender que les pagó. García Gómez se posicionó de parte de Pidal aludiendo a la forma «insinuante» de la poesía medieval, que no necesita contar todo para que el receptor lo comprenda⁴³. Pero vuelven las oscilaciones, y Smith ataca esta idea: de ser un olvido del juglar, como proponía Pidal en un principio, asegura que sería «a pretty wide one»⁴⁴. También consideró que no solo no se cuenta la promesa, sino que Minaya tampoco le dice nada al Cid⁴⁵ y que, incluso en una versión con menos omisiones –como la que supone Pidal– no habría lugar para el pago de los judíos más adelante⁴⁶. Ante la cuestión de por qué los judíos no cumplen su promesa de ir a Valencia («Si non, dexaremos Burgos, ir lo hemos a buscar», v. 1438) Smith sugiere que el viaje sería demasiado largo y peligroso (debido a las tierras y las religiones que se encontraban en conflicto en las mismas) para dos viejos mercaderes, y en ello ve otra nota de humor⁴⁷. Casalduero se mostraba algo más radical en este punto: «Si no paga a Raquel y Vidas no es por avaricia o mezquindad; es porque no quiere; no devuelve el dinero para dar una lección moral a estos dos hombres viles que han creído que el Cid podía haberse

³⁹ *Poema de Mio Cid*, Ramón Menéndez Pidal, ed. cit., p. 85. También Northup considera que es un olvido pero que, en caso contrario, supondría la única tacha del héroe; *vid.* George Tyler Northup, «The Poem of the Cid Viewed as a Novel», *Philological Quarterly*, 21 (1942), pp. 17-22, p. 20.

⁴⁰ Leo Spitzer, «Sobre el carácter...», art. cit., p. 108

⁴¹ *Ibid.*, p. 109. Bandera Gómez consideraba que el problema no está en la moralidad, ya que para ello también habría que explicar la emboscada de Castejón que tantos estragos causa a «los pacíficos y descuidados campesinos», Cesáreo Bandera Gómez, *El «Poema de Mio Cid»*, *op. cit.*, p. 118.

⁴² Ramón Menéndez Pidal, «Poesía e historia en el *Mio Cid*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 3/2 (1949), pp. 113-129, pp. 119-121. DOI: <http://dx.doi.org/10.24201/nrfh.v3i2.134>.

⁴³ Emilio García Gómez, «Esos dos judíos de Burgos», *Al-Andalus*, 16/1 (1951), pp. 224-227, p. 227.

⁴⁴ Colin Smith, «Did the Cid...?», art. cit., p. 522.

⁴⁵ María Eugenia Lacarra, *El Poema de Mio Cid*, *op. cit.*, p. 189, comparte esta opinión.

⁴⁶ Colin Smith, «Did the Cid...?», art. cit., pp. 526-527.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 527. Misma consideración en cuanto al humor en Juan Graib, «Función narrativa...», art. cit., pp. 184-185, y Nicasio Salvador Miguel, «Reflexiones...», art. cit., pp. 220-223.

quedado con las parias»⁴⁸. Huerta, sin embargo, le daba otro enfoque, si bien bastante cercano a la propuesta de Pidal: no hace falta contar el pago a los judíos porque más adelante ya no son personajes de importancia central⁴⁹. Orduna, curiosamente, se sorprendía al comparar el tratamiento de Raquel y Vidas con la estructura bipartita, es decir, la génesis compartida del *PMC* por dos juglares con intenciones diferenciadas: «... no hallamos explicación de la variante que introduce el juglar de Medinaceli. Pagar las obligaciones hubiera encajado perfectamente en el plan del Cid de dar que hablar en Castilla por su riqueza»⁵⁰. Por su parte, Aizenberg considera que el «amidos lo fago» (v. 95) del Cid no se refiere al engaño de los judíos, que no le pesa en absoluto, sino a verse en la situación de tener que pedir dinero en lugar de ganarlo luchando⁵¹. Pero McGrady, en contra de esto, cree que el Cid se disculpa porque se siente culpable, y utiliza esto como argumento para defender que esta culpabilidad se origina en el hecho de que el Cid sabe de antemano que no les pagará⁵². En esta densa jungla de bibliografía hay que admitir que cuesta bastante abrirse paso. Una y otra parte presentan argumentos que, si bien enfrentados, siguen siendo sólidos.

Es bastante coherente la idea de que la segunda aparición de los judíos va precedida del incumplimiento del plazo propuesto («fasta cabo del año», v. 162)⁵³, lo cual fue notado por Resnick⁵⁴ y Salvador Miguel⁵⁵, aunque negado, sin fundamento, por Garci-Gómez⁵⁶. Curiosa me parece la apreciación de Michalski, quien asegura que el Cid no les miente en ningún momento, sino que los judíos son engañados simplemente

⁴⁸ Joaquín Casaldueiro, *Estudios de literatura española*, Madrid, Gredos, 1967, pp. 43-44.

⁴⁹ Eleazar Huerta, «Conjunción de mito y estilo en el 'Mío Cid'», *Boletín de Filología*, 23 (1972), pp. 145-244, p. 160.

⁵⁰ Germán Orduna, «El "Cantar de las bodas": Las técnicas de estructura y la intervención de los dos juglares en el *Poema de Mio Cid*», en VV. AA., *Studia hispanica in honorem R. Lapesa. Volumen II*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 411-432, p. 431. Si la génesis del *PMC* se hubiera dado como propusieron Erich Von Richthofen (*Nuevos estudios épicos medievales*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 136-146) e Irene Zaderenko (*Problemas de autoría, de estructura y de fuentes en el Poema de mio Cid*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1998, pp. 171-189), es decir, primero el segundo cantar, después el primero y por último el tercero, entonces habría que suponer que se modificó el texto del segundo cantar al realizar el primero para que entrase el episodio de Raquel y Vidas, pues sería absurdo pensar que primero se cuenta el encuentro con Minaya y después se añade el episodio de las arcas.

⁵¹ Edna Aizenberg, «Raquel y Vidas: Myth, Stereotype, Humor», *Hispania*, 63/3 (1980), pp. 478-486, p. 481. DOI: <http://dx.doi.org/10.2307/341001>. Misma consideración en Alberto Montaner, *Poema de Mio Cid*, ed. cit., pp. 408-409.

⁵² Donald McGrady, «Did the Cid repay the Jews? A Reconsideration», *Romania*, 106/423-424 (1985), pp. 518-527, pp. 523-526. DOI: <http://dx.doi.org/10.3406/roma.1985.1767>.

⁵³ Se ha solidado entender que se refieren a un plazo de un año entero, aunque se podría leer 'hasta el final del año'. En cualquiera de los casos el plazo se habría incumplido, pues la segunda aparición de Raquel y Vidas se da tiempo después de la campaña de Valencia, que dura «tres años» (v. 1169).

⁵⁴ Seymour Resnick, «"Raquel e Vidas"...», art. cit., p. 301.

⁵⁵ Nicasio Salvador Miguel, «Reflexiones...», art. cit., p. 220.

⁵⁶ *Cantar de Mio Cid*, Miguel Garci-Gómez, ed. cit., p. 199.

porque están cegados por la codicia⁵⁷. Con el texto delante se puede ver que, efectivamente, el Cid nunca les dice una mentira completa, aunque es cierto que podría considerarse una mentira el hecho de no decirles la verdad –o una verdad a medias–. En cualquier caso, este pequeño detalle da a entender la cautela con la que actúa el Cid, y posiblemente también el autor. Baste notar, para aclarar este punto, la ambigüedad de las palabras que utiliza el Cid al dirigirse a los judíos: «A lo quem' semeia, de lo mío avredes algo» (v. 157), con lo que no termina de referirse en ningún momento a un objeto concreto. Lo mismo sucede más adelante, cuando el Cid les dice que, de no darles él la piel que le piden, podrán descontarla «sobre las arcas» (v. 181), sin necesidad de especificar que estas están llenas de arena.

Otro rasgo que es necesario notar antes de pasar a consideraciones mayores es la motivación de la segunda aparición de Raquel y Vidas. Para DuBois, al pagar la deuda al abad de Cardeña el poeta se debería haber acordado de la deuda de los judíos, y es por eso por lo que aparecen⁵⁸. Pero esto no aclara demasiadas cosas. Para Boix Jovaní la segunda aparición de los judíos corresponde a un paralelismo con la primera aparición: hay un personaje poderoso (judíos/Cid), un personaje que pide (Cid/judíos) y un mensajero (Martín/Minaya), además de la misma cantidad de dinero, pues los judíos han renunciado al interés del préstamo («soltariemos la ganancia», v. 1434)⁵⁹. Esta razón, que tiene que ver con la construcción interna de la obra, sí me parece acertada.

Entrando, entonces, en el tramo final, se pueden ir revisando los argumentos y planteando una hipótesis que trate de solventar los problemas que han ido surgiendo. Una vez establecido el origen judío de los personajes, como se vio en el primer apartado, la cuestión del humor y la del antisemitismo parecen ir de la mano. Pero que los personajes sean judíos no tiene por qué implicar que el humor sea de carácter antisemita, por mucho que la moral de la época no sea la nuestra. Como advertía Salvador Miguel, citado arriba, el humor vendría antes de un conflicto socioeconómico que de una guerra religiosa, aunque esto seguiría atacando a los judíos de forma directa; es, más bien, como proponía otra parte de la crítica, el hecho de que sean mercaderes avariciosos lo que provoca el humor, independientemente de su origen. Como se puede apreciar, la carga del antisemitismo y del humor se va reduciendo a medida que el enfoque se mueve desde uno puramente histórico a uno que analice la obra como literatura. Comprendiendo la dificultad de este

⁵⁷ André Michalski, «Simetría doble y triple en el *Poema de Mio Cid*», en Antonio Vilanova (coord.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1992, vol. 1, pp. 283-290, p. 286.

⁵⁸ Gene W. DuBois, «The return of Rachel and Vidas», *Hispanófila*, 106 (1992), pp. 1-8, p. 6.

⁵⁹ Alfonso Boix Jovaní, «El Cid...», art. cit., pp. 71-72.

debate, yo me posiciono en el enfoque que analiza la obra desde una perspectiva literaria, sin necesidad de recurrir a los hechos históricos más que para lo indudablemente necesario, y es por ello por lo que creo que no se puede ver aquí ni antisemitismo ni humor, pues desentona claramente con el ambiente general del pasaje. No obstante, si hay que admitir la presencia del humor, creo que la carga del mismo debe estar puesta sobre Martín Antolínez, como pretendía Garci-Gómez⁶⁰. Según Smith esto sería imposible debido a que es el Cid quien se disculpa⁶¹, pero no creo que sea en realidad un inconveniente; el Cid puede admitir que lo hace por necesidad en cuanto que no revela la verdad a los judíos, pero si se analiza de cerca, el pasaje muestra un entramado muy sutil que evita que el Cid sea el verdadero culpable de la artimaña. En un primer momento dice a Martín Antolínez: «con vuestro consejo bastir quiero dos arcas» (v. 85), para luego explicar el plan con más detalle: «Por Rachel e Vidas vayádesme privado: / quando en Burgos me vedaron compra e el rrey me á airado, / non puedo traer el aver, ca mucho es pesado, / enpeñar ge lo he por lo que fuere guisado» (vv. 89-92). De este modo, es el Cid el que urde originalmente el plan, pero es Martín Antolínez el que lo lleva a cabo, tal y como se aprecia en las escenas siguientes (vv. 96-148). De hecho, si se analiza con detalle, se puede notar que quien miente de forma directa a los judíos es Antolínez («Tiene dos arcas llenas de oro esmerado», v. 113), pues el Cid no refiere el contenido de las arcas en ninguna de sus conversaciones con los judíos, y por lo tanto no miente de forma directa. Sería absurdo, no obstante, negar que el Cid no está detrás de la artimaña, de modo que se debe atender a otros dos factores: por un lado, el hecho de que el pasaje se corresponda con una forma folklórica preestablecida⁶² y que en cierta medida predispone a los personajes a un conjunto de acciones que no necesariamente concuerdan con las que realizan a lo largo de la obra; por otro lado, el hecho de que el Cid se arrepienta, lo cual no tendría sentido en caso de ser una burla deliberada contra los judíos. Parece haber aquí, no obstante, un pasaje oscuro que justifica sin duda la gran cantidad de bibliografía existente, que ha abordado la interpretación del mismo atendiendo a unos u otros aspectos sin lograr nunca explicar todos los elementos que se encuentran en el fragmento. Recuerdo aquí, en fin, que si bien el Cid urde el plan contra los judíos, es Martín Antolínez quien lo efectúa en su práctica totalidad, quedando el Cid en un segundo plano en el que predomina la redención de la culpa, la necesidad y la ambigüedad. Martín Antolínez, así, se alza como un elemento que es capaz de absorber, mediante estos «juegos literarios», la culpa que correspondería al Cid si se atendiese al

⁶⁰ Miguel Garci-Gómez, *Cantar de Mio Cid*, ed. cit., p. 182.

⁶¹ Colin Smith, «Did the Cid...?», art. cit., p. 524.

⁶² Véase Ian Michael, *Poema de Mio Cid*, ed. cit., p. 80, nota 92.

esquema folklórico. Además, tiene sentido que sea precisamente Antolínez, y no otro personaje de la mesnada del Cid, quien efectúa la artimaña, pues ya desde su introducción en escena se presenta como alguien que desobedece la orden real para ayudar al Cid, con lo que no desentona, en su caso, el engaño que hace a los prestamistas. Boix Jovaní cree que el Cid no engaña a los judíos porque «esto sería dar a entender que los judíos tenían razón al no confiar en Álvar Fáñez y el Campeador»⁶³. Esto, que no me parece razón suficiente para considerar que no hay engaño, al menos si tiene en cuenta la obra en sí, el funcionamiento del pasaje dentro del poema, y no la ideología del autor –que no se puede conocer– o la ideología del lector, que muchas veces es la que aflora.

Por mi parte, creo que hay razones dentro de la obra para considerar que el engaño es un tema delicado, que no necesariamente rebaja la condición moral del Cid ni implica que este no redima posteriormente sus aparentes culpas pagando a Raquel y Vidas lo que les debía. Un argumento fundamental para defender que los judíos son engañados consiste en la aparición de los mismos, como se vio más arriba, pasado el plazo del préstamo. Debido a la cantidad de tiempo que pasa creo que no hay duda de que abren las arcas y descubren la treta, aunque tampoco es necesario; simplemente me baso en que sería el comportamiento según lo establecido por ambas partes («e bien ge las guardarién fasta cabo del año», v. 162). Pero el *PMC* no cuenta ni una cosa ni la otra⁶⁴. En cualquier caso, el Cid ha incumplido su promesa de pago, eso es indudable. Pero, si se recapitula lo dicho, el Cid sale bastante libre de culpa: el engaño como tal, la treta de las arcas de arena, es oficio de Martín Antolínez a efectos prácticos; la promesa incumplida de pago no es como tal un engaño: Martín Antolínez les dice que «pedir vos á poco por dexar so aver en salvo» (v. 133), lo cual no es ninguna mentira, pues las arcas pueden considerarse un «aver», al menos jugando con la variedad de significados y matices; y en cuanto a lo «poco» que pide, tras escuchar la cantidad del pago dicen los prestamistas: «Dar ge los [*emos*] de grado» (v. 136). A esto hay que añadir que no es un engaño un préstamo incumplido, pues para ello se deja el «aver» en manos del prestamista, para que se cobre del mismo el préstamo incumplido. Si las arcas no contienen lo necesario para suplir esa falta no sería culpa del Cid, que en ningún momento les dice que están llenas de riquezas, sino de Martín Antolínez, quien dice que el Cid «Tiene dos arcas llenas de oro esmerado» (v. 113) y que «aquéllas non las puede levar, si non, serién ventadas» (v. 116).

⁶³ Alfonso Boix Jovaní, «El Cid...», art. cit., p. 75.

⁶⁴ Hasta donde yo sé, nadie ha propuesto que los judíos abren las arcas antes de tiempo y por eso no reciben el pago («que si antes las catassen que fuessen periurados / non les diesse Mio Çid de la ganaçia un dinero malo», vv. 164-165). No es una idea que yo defienda, pero de nuevo se juega con lo que se dice y lo que no se dice en el texto, y es una posibilidad no despreciable.

Si bien todo esto se pueden considerar malabarismos cuya finalidad es evitar la culpa del Cid, hay que notar que en ningún momento me estoy saliendo de las líneas del texto y del significado literal de las palabras.

Ahora, en cuanto al último punto, es decir, el pago tras la segunda aparición de los judíos, los mismos argumentos sirven tanto para una conclusión como para la contraria. Los judíos mencionan que buscarán al Cid si no les paga («Si non, dexaremos Burgos, ir lo hemos buscar», v. 1438), y no vuelven a aparecer. Aquí surgen las dudas: ¿les paga y por ello no aparecen por Valencia? ¿No les paga y aparecen, aunque no se cuenta? ¿No les paga y no aparecen? O más improbable, ¿les paga y aun así aparecen? En cualquiera de los casos ninguno de ambos sucesos se cuenta. Si se admite que no se cuenta el pago porque no lo hubo, hay que explicar por qué no se cuenta el viaje de Raquel y Vidas a Valencia; si se admite que no se cuenta porque no hace falta, entonces hay que admitir que el pago tampoco se cuenta porque no hace falta. Solo Smith dice que no fueron por motivos que no me parecen correctos pues no solo presupone una profundidad de caracterización de unos personajes tan poco dibujados como Raquel y Vidas, que siempre actúan como uno solo, sino que les aporta rasgos, como la vejez o el miedo, que ni siquiera aparecen en el texto⁶⁵. Como nota Boix Jovani⁶⁶, Minaya no habla con el Cid sobre los judíos, pero tampoco habla del abad don Sancho ni de Abengalbón, a quienes también había hecho promesas. Parece entonces que el viaje de Minaya es una recopilación de promesas que después se cumplirán en ristra sin necesidad de relatarlo, pues va cerrando cabos sueltos de golpe. Esa tendencia, junto con la propia unidad artística del *PMC*, en la que el Cid es presentado como héroe impoluto, es la que me lleva a concluir que el Cid sí paga a los judíos, volviendo sobre la tesis original de Menéndez Pidal. Así, analizando la obra en su conjunto y teniendo en cuenta la coherencia de las relaciones entre las distintas partes del relato, los puntos expuestos quedan como sigue: Raquel y Vidas son prestamistas judíos, pues nada hace pensar lo contrario⁶⁷; hay humor por parte de Martín Antolínez, o al menos hay engaño por parte del mismo, pero no hay humor por parte del Cid, sino solemnidad y seriedad ante una situación de necesidad; en este punto, el Cid tendría parte de culpa al urdir el engaño, pero el hecho de ser un motivo folklórico, la necesidad económica que obliga al Cid a actuar así, el hecho de que declare que se siente culpable y las ambigüedades entre las que se mueve al hablar

⁶⁵ Colin Smith, «Did the Cid...?», art. cit., p. 527.

⁶⁶ Alfonso Boix Jovani, «El Cid...», art. cit., p. 76.

⁶⁷ Al hecho de que no se especifique en ningún momento su origen hay que contraponer otro: el hecho de que tendrán que tener algún origen; y el más probable, según lo visto más arriba, teniendo en cuenta aspectos históricos —ahora sí necesarios—, y la propia construcción del poema, es el origen judío, pues de tener otro distinto habría que especificarlo por inusual y extraño.

con Raquel y Vidas, permiten entender que el autor ha querido sostener toda la carga negativa del pasaje sobre Martín Antolínez, presentando de nuevo al Cid como héroe impoluto. Y por fin, en cuanto al pago último, es efectuado, lo cual puede saberse por tres razones: porque de otro modo se opondría al carácter general del *PMC*, rompiendo con su unidad artística de forma inexplicable; porque de tener que contarse el pago también habría de contarse cómo Raquel y Vidas van a Valencia a exigir su pago ante el Cid; y porque otras promesas que se realizan en el mismo viaje de Minaya tampoco se cuentan, pero se dan por cumplidas, con lo que la inercia de promesas pagadas parece envolver indudablemente a Raquel y Vidas.

Recibido: 01/05/2019

Aceptado: 23/08/2019



EL EPISODIO DE RAQUEL Y VIDAS Y SU PROBLEMÁTICA
EN EL *POEMA DE MIO CID*: JUDAÍSMO, HUMOR Y ENGAÑO

RESUMEN: Este trabajo pretende estudiar el episodio de Raquel y Vidas, referido en ocasiones como el episodio de las arcas de arena, en el *Poema de Mio Cid*. Más concretamente, a través de un repaso por la bibliografía que ha ido suscitando el tema, este artículo intentará plantear algunos de los problemas básicos de este pasaje, que se podrían resumir en tres grandes epígrafes: judaísmo, humor y engaño, todos ellos en torno a la delicada cuestión del antisemitismo. De este modo, estudiando las diferentes perspectivas y siempre con el texto como base, se podrán postular ciertas soluciones que traten de explicar la coherencia del episodio en la obra en la que se inscribe.

PALABRAS CLAVE: Raquel, Vidas, *Poema de Mio Cid*, judíos, humor, engaño.

THE EPISODE OF RAQUEL Y VIDAS AND ITS PROBLEMS IN THE
POEMA DE MIO CID: JUDAISM, HUMOR AND DECEPTION

ABSTRACT: This work aims to study the episode of Raquel and Vidas, sometimes referred to as the episode of the sand arks, in the *Poema de Mio Cid*. More specifically, through a review of the literature that this issue has been raising, this article will try to present some of the basic problems of this passage, which could be summarized in three major headings: Judaism, humor and deception, all of them around the delicate point of anti-Semitism. In this way, by studying the different perspectives and always with the text as a basis, certain solutions can be proposed that try to explain the coherence of the episode in the work in which it is inscribed.

KEYWORDS: Raquel, Vidas, *Poema de Mio Cid*, Jews, humor, deception.